

La Lectio Divina *y sus pasos*



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría de Evangelización





Presentación



*“Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees,
Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios”
San Agustín*

Queridos hermanos y hermanas, animadores de la evangelización en nuestra ciudad región.

Con el propósito de animar y acompañar nuestro “caminar juntos” con Jesucristo el Señor, les ofrecemos esta ayuda para nutrir nuestra vida espiritual como discípulos misioneros suyos.

Reconocemos que la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana, por ello, el acercamiento al texto sagrado, en diálogo con Dios, es fundamental en la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida. Orígenes, uno de los maestros en la lectura de la Biblia, sostiene que “entender las Escrituras requiere, más incluso que el estudio, la intimidad con Cristo y la oración”.

Nuestro Arzobispo, el Cardenal Luis José Rueda Aparicio, nos invita a practicar la lectura orante de la palabra de Dios para conocer mejor a Jesucristo, configurarnos con Él y proyectarnos a la misión. Queremos animarlos a acoger la solicitud del señor Arzobispo y a favorecer, en cada comunidad parroquial, un encuentro semanal con los fieles (ojalá el día martes) para hacer la lectura comunitaria y orante del Evangelio del Domingo.

Para tal fin, les ofrecemos este folleto que nos permite reconocer la Lectio Divina, como forma preciosa de leer y orar la Sagrada Escritura. Agradecemos el aporte del Padre Pablo Pinzón, autor de este texto, y el trabajo entusiasta de la Coordinación para la Animación Bíblica de la Evangelización en Nuestra Arquidiócesis.

Que la Madre de Dios, modelo para todos los fieles de acogida dócil de la divina Palabra, nos ayude a conocer, amar y anunciar al Verbo de Dios encarnado.

Fraternalmente,

+ Monseñor Germán Medina Acosta
Obispo Auxiliar de Bogotá
Vicario de Evangelización







Contenido







Introducción

*«Busquen leyendo y se les abrirá meditando.
Llaman orando y se les abrirá contemplando».*

(Guigo II, el Cartujo)

En una frase sintética podemos decir que, la Lectio Divina es la lectura orante y creyente de la Escritura que se revela como Palabra de Dios para aquel que la acoge en su vida y corazón. En la Sagrada Escritura Dios nos sale al encuentro para conversar con nosotros (DV 21) y, por lo tanto, la mejor manera de hacer una lectura provechosa de los textos sagrados es la lectura orante y creyente. Basta, entonces, una actitud de fe sincera con el deseo de entrar en conversación con Dios, de acuerdo con lo que leemos y con lo que su gracia nos vaya poniendo en el corazón en cada momento. El encuentro es con su Palabra viva, escondida en las Sagradas Escrituras, en los textos bíblicos.

Esta experiencia de lectura orante es tan antiguamente practicada en la vida de la iglesia como un camino o método, fácil y adaptable a muchas situaciones, principalmente practicado en la oración personal diaria, también se puede realizar en comunidad. Es la experiencia que nos ayuda a elevarnos, desde el texto leído y meditado con delicadeza, hasta el encuentro con el Señor en la oración y en la contemplación. Como experiencia de encuentro con el Señor que nos

habla, conduce a cambios de vida notables, con consecuencias muy concretas en la vida personal y en la vida comunitaria, en la sociedad.

Lectio Divina es una expresión latina que se puede traducir como lectura (de la Biblia) en Dios y más exactamente “en el Espíritu Santo”, algunos la traducen simplemente como “lectura orante” o como “lectura santa”. En su forma clásica tiene cuatro pasos: lectura, meditación, oración y contemplación.

Como puerta de inicio conviene hacer una oración preparatoria, sencilla y sincera, que reconozca en la fe y en el amor a Aquel con quien vamos a entrar en conversación, nada mejor que sea con “el inspirador” de la misma Escritura, el Espíritu Santo. Es significativo, dedicar unas palabras espontáneas para alabarlo y para ofrecerle total disponibilidad, docilidad, apertura para acoger la voz divina y la prontitud para el servicio; se pedirá siempre, la luz y la gracia necesarias para comprender cada vez mejor la Sagrada Escritura. Sencillamente es ubicarnos en el momento creyente que vamos a vivir como encuentro con Dios mismo que nos habla.

Lectura, Lectio



«Voy a escuchar lo que dice el Señor».
Salmo 85(84),9



¿Qué dice el texto?

La lectura atenta, pausada y comprensiva de la Palabra escrita del Señor es la base y fundamento de la Lectio Divina. Es un examen detenido de la Escritura realizado con espíritu atento. Por eso, sin un conocimiento claro y preciso del texto, será imposible seguir los siguientes pasos.

No siempre es fácil leer y, muchas veces, cuando decimos que hemos leído algo, no hemos hecho más que darle un primer vistazo. A veces obtenemos algún dato, pero pocas veces obtenemos verdaderas enseñanzas. Y, ¡qué pocas veces gustamos lo mismo que el autor del escrito saboreó!

Todos sabemos que hay textos que exigen una lectura en profundidad, que tome en cuenta las palabras que se dicen y la manera como se dicen. De lo contrario no se captan, ni el sentido de lo que está escrito, ni la intención de quien lo escribió, ni las proyecciones que puede tener el texto que se lee. Tenemos que esforzarnos por captar lo que realmente dicen los textos y estar en condiciones de dar razón de ellos.

Para conseguir tal fin es importante tener:

- Apertura de corazón para recibir la Palabra de Dios tal como viene, sin intentar acomodarla a nuestros intereses.



- Paciencia para no apresurarnos a sacar conclusiones sin análisis suficiente.

- Disciplina mental para no distraerse o divagar.

- Honestidad para no imponerle al texto nuestras ideas preconcebidas.

Por eso, porque lo que nos ocupa es escuchar la Palabra de Dios, en la lectio divina se requiere una lectura muy consciente y cuidadosa. Hay que ser atentos y respetuosos con lo que la misma escritura nos dice, sin añadirle ni recrearle más de lo dicho. Aunque suene bastante contradictorio o incoherente, *leer es escuchar con atención y tal cual se nos trasmite.*

La lectura, como primer paso de la Lectio Divina, debe llevarnos a una compenetración inicial con el texto, de manera que éste nos entregue su don y cumpla en nosotros la finalidad para la cual fue escrito. Por lo cual, será necesario y práctico recomendar **leer varias veces** el texto, de manera pausada, para conseguir su comprensión y asimilación. Con ese ejercicio destacar palabras, verbos o frases significativas, términos, acciones o gestos destacados de los personajes, recurrencias, frases o palabras que se repiten.

Lectura (lectio) a nivel personal

Cuando uno tiene sus propios hábitos de lectura, siempre es bueno partir de nuestra propia experiencia. Sin embargo, damos algunas sugerencias para la lectura personal:

- Leer el texto en voz alta, despacio y al menos tres veces, notaremos cómo las palabras se van transformando en imágenes y el texto, aparentemente extraño, empieza a parecer familiar. Se trata de saborear las palabras.

- Familiarizarse con el contexto del pasaje: *¿Dónde está ubicado?, ¿qué había pasado o qué se había dicho un poco antes?*

- En lo posible, reconstruir el escenario, identificar los personajes, descubrir el problema y la solución. (Esto, obviamente, cuando el pasaje es un relato). *¿Qué estilo o género literario es el que se usa?*

- Subrayar una o dos frases que retenemos como el mensaje central del texto. Puedes grabarlas en la memoria y en el corazón para avanzar en esta oración y encuentro con Dios.

- Poner gráficos o señales personales al lado del texto para indicar:

- La frase central del texto (subrayado).

- Otras frases o palabras que más nos han llamado la atención (con asteriscos, por ejemplo).

- Lo que no se entiende y se quiere averiguar (con interrogantes).

- Dialogar con el texto planteando preguntas como *¿Qué quiere decir esto? ¿Qué pasos o secuencia de acciones ocurren dentro del relato?*



- Descubrir contrastes de lugar, de personajes y de palabras.
- Cuando se dispone de un poco más de tiempo, reescribir completamente el pasaje con nuestras propias palabras.
- Dejarse ayudar por algún corto estudio bíblico sobre dicho pasaje, muchas veces hasta de un diccionario para comprender algunas palabras, todo esto cuando se tiene posibilidad de acceso a mayor información. Pero cuidado, nuestro ejercicio es de lectura orante y no un estudio bíblico.

Recuerda que es necesario hacer una "lectura inteligente", es decir, que la comprensión del texto leído sea tan fuerte que nos acerquemos a la verdadera intención de lo escrito. Leer y releer el texto es importante para que este hable por sí mismo.

Atención: No hay necesidad de hacer todos los elementos indicados. El ejercicio es progresivo, la idea es que cada uno vaya probando una u otra estrategia de lectura hasta que descubra cuál es la más apropiada para este paso. Con todo, no hay que olvidar que se trata de un camino oracional que apunta a la experiencia de Dios en su Palabra y no de un curso bíblico. Así que hay que saber parar esta etapa en el momento justo para entrar en la siguiente.

Lectura (Lectio) a nivel comunitario

Para el ejercicio comunitario, son útiles las mismas tácticas propuestas para la lectura personal; para ello hay que dar un espacio de tiempo a los participantes para que lo realicen. Hay muchas otras tácticas complementarias que son propias de la Lectio Divina practicada en conjunto:

- Comenzar con la proclamación del texto y dejar un tiempo de silencio para la asimilación. Se puede repetir el mismo texto una o dos veces más, con diversas voces y utilizando diversas versiones de la Biblia.

- *Variante:* intercalar lectores en la proclamación; por ejemplo, que uno haga la voz del narrador, y otros, las de los demás actores; o también puede realizarse la lectura intercalada entre dos lectores.

- Proclamar el pasaje entre todos, leyendo cada uno -en orden- versículo por versículo.

- Hacer lectura en eco. Una vez proclamado el texto, los participantes leen en voz alta la frase más significativa para ellos. Esta es otra manera de proclamar el texto.

- Recomponer el texto: uno recuenta lo que fue leído y el grupo va completando lo que no fue dicho (muy útil entre gente con poca escolaridad).

- Compartir entre todos lo que dice el texto, ayudándose unos a otros a clarificar las partes difíciles de entender.

- Cuando sea posible, una persona previamente preparada es invitada a exponer las ideas principales del texto y desarrollar un poco más el sentido de algunos términos.



Atención: Para este ejercicio se requiere de un moderador que dé la palabra a todos, anime a los más tímidos y, eventualmente haga síntesis de lo que va surgiendo en medio de la comunidad. Hay que evitar que algunas personas se tomen la palabra para hacer disertaciones con el fin de mostrar que saben más que los demás o que vayan a generar dispersión sobre lo leído. Tengamos presente que hay que respetar el nivel educativo de los participantes y recordar siempre que los que más captan la Palabra son los humildes y sencillos (cf. Lc. 10,21). El moderador facilitará que se pueda conseguir el objetivo fundamental de este paso, *¿Qué dice el texto?*



Otros consejos prácticos

Con lo anterior, ya tenemos suficientes elementos para hacer una buena apropiación del texto. Si los practicamos, veremos cómo el texto comienza a hablarnos. Agregamos ahora cuatro consejos complementarios:

- Pongamos atención a varios peligros en que se caen como principiantes: presuponer que ya se conoce el pasaje; empezar a sacar conclusiones, compromisos o enseñanzas apresuradas; dejarse llevar por el afán de la novedad; hay un riesgo enorme de abandonar el texto que leemos para discutir otras cosas (dispersión); volver la Lectio Divina, la lectura orante, un curso de Biblia.

- Hay que saber parar. La lectura, sobre todo cuando aporta conocimientos nuevos, va tornándose sabrosa. Pues bien, con un poco de disciplina personal, es necesario dar el paso siguiente de la Lectio. Tengamos presente que lo más importante es la calidad y no la cantidad del alimento.

- No nos desesperemos ante pasajes difíciles: ¡Perseveremos en medio del esfuerzo! Tengamos paciencia, poco a poco encontraremos el sentido y el ritmo comunitario para hacer la lectura. Veremos cómo los pasajes más difíciles son los que tienen más riqueza.

- Seamos asiduos en los ejercicios. Como ocurre en tantos otros campos que requieren de entrenamiento, la primera vez no siempre será la mejor, pero con constancia alcanzaremos grandes logros para este paso de la lectura.



Meditación, *meditatio*

Paso 2

*«María guardaba todas estas cosas
meditándolas en su corazón».*

Lucas 2,19



¿Qué me (nos) dice el texto? ¿Qué dice de mí (de nosotros) el texto?

Ahora comenzaremos a recoger y a atesorar en el corazón los valores del texto, los cuales son como joyas preciosas que el Señor nos da. En muchas ocasiones se ha utilizado, para comprender este paso o momento, llamarlo el “arte de rumiar” o “ruminatio”, por ser un paso donde se ejercita con la repetición; es tomar forma repitiendo, es repetir gustando, sin perder evidentemente su carácter reflexivo. La lectura nos llevó el alimento a la boca, la meditación lo mastica.

La meditación estimula la interpelación de Dios, por medio de su Palabra, en mi vida. La Palabra de Dios confronta nuestra vida concreta y la de nuestra comunidad y sociedad. La meditación nos coloca honestamente ante la verdad de Dios y del hombre.

Cultivemos para esta etapa de nuestra lectura creyente y orante las siguientes actitudes:

- **Disponibilidad.** Se requiere estar disponibles para zambullirnos con todo nuestro ser en el universo de la Palabra, es decir, estar

dispuestos a dejarnos cuestionar sin disculparnos, a ser iluminados sin ocultarnos.

•*Gratuidad.* No se busca hacer introspecciones sino exponernos abiertamente ante la Palabra. Entonces comenzamos a ver nuestra realidad desde la mirada de Dios. La Palabra de Dios es la que se me dirige, y yo estoy dispuesto a recibirla como regalo que se me entrega.

•*Auto-aplicación.* Hay que evitar la tentación de aplicar los mensajes a otros, pues a ellos ya les llegará su tiempo. Es preferible que nos dejemos cuestionar en primera persona, sin eludir las palabras divinas, tal como cuando el profeta Natán le dijo a David: «Tú eres ese hombre!» (2 Sam 12,7).

Es necesario para este momento dejar tiempo para permitir que las palabras y los silencios calen como la lluvia empapa la tierra. (Is. 55,10-11). En la meditación se repasan, con calma y profunda atención, las palabras y las frases significativas, las cualidades de los personajes y hasta los sentimientos que el texto suscita. Nos pueden ayudar preguntas como estas: *¿Quién o quiénes intervienen aquí? ¿Qué es lo que dicen y qué hacen estos personajes? ¿Por qué lo dicen, lo hacen? ¿Qué significan en el conjunto de la Sagrada Biblia?* Y poco a poco dejarnos llevar hacia las preguntas que actualizan el mensaje, como, por ejemplo: *¿Qué me dice a mi hoy? ¿Qué sentido tienen estas reflexiones? ¿A qué me conducen? ¿Qué me piden? y ¿Qué*

dice todo este texto acerca de Dios de mi y acerca de la realidad en la que vivimos hoy?

La meditación nos lleva a confrontarnos como en un espejo. La meditación nos lleva a conocernos mejor a nosotros mismos, nos vemos con la mirada de Dios; la meditación es la búsqueda del sentido, mejor dicho, de los sentidos que tiene un texto bíblico, es descubrir lo que Dios nos dice a través de lo inspirado por Él mismo. La meditación es la captación del “hoy” de la Palabra para mí, o para la Iglesia y para el mundo, así como cuando Jesús en la Sinagoga de Nazaret dijo: “Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír” (Lc 4,21). Ahora estamos en condiciones de responder *¿Qué me dice el Señor por medio de su Palabra?*

Y entonces, paulatinamente vamos siendo iluminados y se nos revela a través de esta página de la Escritura, un rasgo nuevo del rostro de Dios y un aspecto particular de nosotros mismos. Ha comenzado la escucha sincera. La meditación no es elucubración mental abstracta, ni tampoco reconstrucción psicológica de un texto. Mucho menos será acomodar o hacer una adecuación de la Escritura a lo que vivo, porque diría que no se hizo convenientemente el primer paso, es, más bien, el inicio del diálogo en el cual percibimos como un “Tú” al Dios revelado como un Él, durante el primer paso.

Meditación a nivel personal

•Démonos un tiempo para el silencio, haciendo caso al dicho



levemente reformulado que tenían los Padres de la Iglesia al comienzo de la fe: «Los ojos se posan en las palabras, luego ellos reposan en el sentido».

- Permitamos que, de manera especial, resuenen los verbos del pasaje. Repitamos la palabra, frase o imagen que nos haya quedado repicando en el corazón.

- Cuando el texto es un relato, podemos colocarnos en el lugar de uno de los personajes y preguntémosnos: *¿en qué nos parecemos? ¿qué haríamos nosotros? ¿cómo dejaríamos actuar al Señor?*

- Reconozcamos con sinceridad cómo la escritura meditada nos mira y nos lee. Preguntémosnos: *¿qué nos revela Dios de sí mismo en este pasaje? ¿qué nos muestra de nosotros mismos? ¿qué ha hecho el Señor por nosotros y qué nos está diciendo que quiere hacer ahora?* Acojamos lo que Él quiere hacer crecer en nosotros, en cada uno de nuestros corazones.

- No estará mal que repitamos el primer instante mencionado del silencio, para evitar distracciones o sobresaltos distractores.

- Tomemos nota de las emociones que emergen a causa de lo que está haciendo eco en el corazón.

- Conversemos tranquilamente con el Señor sobre los temas que nos propone en el texto, partiendo de nuestra propia realidad.

Meditación a nivel comunitario

A lo anterior, le agregamos las siguientes sugerencias para tener presentes en una dinámica grupal:

- Responder a las preguntas previamente preparadas por un moderador.

- Abrir un espacio de comunicación fraterna acerca de lo que ha impresionado y conmovido sobre el texto, tratando de hacer la relación entre la Palabra oída en la Sagrada Escritura y las propias experiencias. Se sugiere que nunca se ponga hablar a alguien que no quiera hacerlo, pero si se debe motivar la participación de todos, para edificación del grupo.

- Iluminar con la Palabra aquellos aspectos de la vida en común que necesitan mayor crecimiento.

Otros consejos prácticos

El momento de la meditación, particularmente cuando se realiza en comunidad, requiere la madurez del grupo para escuchar al hermano que habla de su propia experiencia de fe. Esto mismo vale para las ocasiones en las que se consideran problemas comunitarios a la luz de la Palabra de Dios. Por eso sugerimos:

- Insistir a la comunidad sobre la importancia de saber hablar y saber escuchar al hermano.

- Evitar las discusiones, en muchas ocasiones por interpretaciones

hechas sobre el texto. Este rol le compete al moderador y debe tener mucho tacto para ayudar a la interiorización del texto.



- Partir siempre del texto y evitar temas paralelos.

Al respecto, es muy oportuno el consejo de San Basilio (autor del siglo IV): “Hablar conociendo el tema, preguntar sin querer discutir, responder sin arrogancia. No interrumpir a quien habla, si dice cosas útiles, no intervenir con ostentación, ser medidos en el hablar y en el escuchar, aprender de los otros sin avergonzarse, enseñar sin pretender imponer, no esconder lo que se ha aprendido de los otros”.

Definitivamente para la meditación orante de la Palabra a nivel comunitario se vuelve fundamental saber escuchar al otro, y por detrás de eso, saber escuchar a Dios en el modo de actuar en otros y aún, en nosotros mismos por medio de los otros.



Oración, oratio

Paso 3

*«Pedid y Dios les dará; busquen y encontrarán;
llamen y Dios les abrirá».*
(Lucas 11,9)



¿Qué me hace decirle a Dios este texto?

Y, por consecuencia surgirá la oración; Dios que ha salido al encuentro, ahora presta atención a nuestra respuesta y nos tiende abiertos los brazos. Ya estamos con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en un clima de verdadera conversación sincera, cariñosa y cercana. La oración es una ferviente elevación del alma hacia Dios para alejar los males y recibir los bienes. Desde el primer momento cuando suplicamos la ayuda del Espíritu Santo, ya habíamos entrado en clima de oración. Ahora nosotros, como fruto de la meditación, le

abrimos los brazos con nuestras palabras de encuentro, nuestros brazos se elevan hacia lo alto, ya sea para pedir perdón o ayuda, para abrazar o para exaltar a Dios por su bondad y gracia en nosotros.

Surgen, de acuerdo al paso anterior, sentimientos de agradecimiento, de alabanza o de piedad, de compartir una intimidad más honda, de comentar algo, de pedir una gracia, y también de suplicar perdón. La meditación ha cedido el paso a la respuesta serena, sincera y sencilla. Ahora hemos llegado al momento más intenso del camino. Nuestra oración ya no puede ser la misma de antes. Es el Señor mismo

quien la provoca en nosotros y a través de ella nos encontramos en su presencia. El texto bíblico nos presta el motivo e incluso las palabras para la oración.

Consideremos unas actitudes claves para la oración:

- Dejar al Espíritu Santo actuar.
- Despojarse en la presencia del Señor. Si la meditación nos desnudó mostrando nuestra propia verdad, que bajo la luz y presencia del Señor brote nuestra voz de respuesta sincera.
- Poner la mirada en el Señor, Él nos ha permitido percibir su voz en la Escritura y ahora nuestra oración confesará lo que Él es y hace por nosotros.

El lenguaje de la oración será muy variado según la circunstancia: mental o en voz alta, de pie o sentados, de rodillas o postrados, completamente recogidos o con alguna forma de expresión corporal. Lo clave, a pesar de utilizar ayudas u oraciones escritas, salmos o súplicas elaboradas previamente, es dejar el espacio a la libertad y espontaneidad.

Hasta el final de la lectio divina, nuestro corazón hará muchos esfuerzos por hablarle a Dios de lo que Dios nos ha hablado y, por eso, la pregunta que guía este momento y que no debemos perder de nuestra atención es: **¿qué le decimos al Señor motivados por su Palabra?**

Oración a nivel personal



- Dios nos ha hablado, ahora Él nos escucha. Maravillarnos de la Palabra que hemos recibido.
- Responder desde lo profundo de nuestros corazones a sus insinuaciones y exigencias.
- Que Dios Trinidad nos habite, pedir la guía al Espíritu Santo para la súplica.
- Expresarnos espontáneamente ante el Señor de forma mental o verbal.
- Escribir. Hacer una sencilla oración, dejando que ella brote al ritmo de los sentimientos.
- Adoptar un gesto físico que exprese lo que estamos diciéndole al Señor: entrega, confianza, súplica, alabanza.
- Ayudarse con algún salmo que corresponda con lo que ha aparecido en la lectura y meditación.
- Cantar.
- Simplemente permanecer en silencio en la presencia del Señor, tornando conciencia de su presencia.
- También puedes presentar a tus hermanos y hermanas, habla con Él de nuestro mundo, de nuestra Iglesia de acuerdo a lo que nos han regalado los pasos anteriores.

Oración a nivel comunitario

El animador guía a la comunidad orante mediante los siguientes pasos:

- Gratitud y alabanza por lo que el Señor nos ha dado en la Palabra.
- Súplica de perdón por los pecados que nos ha mostrado.
- Súplica de ayuda para poder vivir lo que nos ha pedido que hagamos.
- Entrega confiada para que Él obre en nosotros.

Aunque no se puede perder la espontaneidad, iluminar a los presentes para hacer oraciones sinceras, sencillas y concretas. Todos los demás están unidos por la fe en oración común.

Otras sugerencias prácticas

La Lectio Divina provoca ella misma la oración; el manantial subterráneo sale a flote. Aconsejamos valernos de varios tesoros que están a nuestra disposición:

- Las oraciones de los Salmos y cánticos de la Biblia son la mejor escuela de oración. Es bueno acudir a ellos.
- Contamos con bellísimos ejemplos en el tesoro oracional de la Iglesia: la celebración litúrgica, entre ella la Liturgia de las Horas; los grandes maestros de espiritualidad y otros autores contemporáneos que hacen propuestas a partir de su propia experiencia de la Lectio.

También ellos pueden enseñarnos a orar.

Cuando la Lectio Divina culmina con la Liturgia de las Horas, o, mejor aún, con la celebración de la Eucaristía, sus pasos y momentos son la mejor forma de oración: acto penitencial, peticiones, ofrenda, acción de gracias, adoración.

Desde el momento en que nos hemos puesto en contacto con la Palabra de Dios hay algo que supera toda humana comprensión. Estamos en comunicación con un Autor que no ha dejado su obra y sale a nuestro encuentro por medio de ella. Y el encuentro objetivo y real es la contemplación. *“Dame siquiera, Señor, una gota de lluvia celeste que restaure mi sed, porque ardo de amor”.*

Contemplación, *contemplatio*

Paso 4



Encuentro con la Palabra más allá de las palabras

Toda la Lectio Divina se orienta hacia un encuentro personal y amoroso con Dios. Es la comunión con Dios ofrecida por su Palabra. La contemplación es una forma de orar, más allá de las palabras, a veces con el suave esfuerzo del corazón que repasa los hechos, las palabras y los rasgos de los personajes del texto bíblico, y otras veces con el simple abandono en las manos de Dios que se deja sentir como en una especie de necesidad, de quietud que no se puede expresar con palabras humanas. Dios sabe cuándo conceder estas gracias a quienes perseveran en la oración y

la contemplación. La contemplación auténtica es una inserción en lo más profundo del designio salvador de Dios, que impulsa al compromiso y a la acción, para hacer presente en el mundo la misericordia infinita de Dios. Es permanecer en el Señor y vivir nuestras jornadas “habitados” por su Palabra.

San Juan de la Cruz definía la contemplación como un sencillo “estar amando al Amado”, porque en ella, Él viene a nuestro encuentro y nos regala su amistad: “Mira, yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta. entraré en su casa y cenaremos juntos” (Ap.3,20). De todas maneras, como enseña San Ignacio de

Loyola, conviene aplicar nuestros sentidos interiores, con la ayuda de nuestra memoria y de nuestra imaginación, a ver y oír, a sentir y a compartir, lo que descubrimos en la Palabra que contemplamos. Por eso, por la contemplación se llega a la imitación de nuestro Señor Jesucristo. Este es el camino de los que logran alcanzar la mente de Cristo y pensar como Él piensa, con sus criterios; actuar como Él actúa, con su audacia y su infinita caridad; y hasta sonreír como te sonríe.

Pero, el término "contemplación", que indica "visión" de Dios, en el camino de la lectio divina puede tener además un matiz novedoso. Dado que lo que Dios nos revela en la Escritura es a sí mismo y también sus designios de salvación, entendemos que no solamente lo "vemos" a Él, sino que, con Él vemos la vida y la historia. En otras palabras, comenzamos a ver el camino con nuevos ojos y junto con el Señor hacemos, cada día, un proyecto de vida. De esta manera, la contemplación va unida a la acción en comunión con el Señor y en obediencia a Él discernimos las acciones concretas que configuran más nuestra vida con la suya y, apoyados en la fuerza que Él nos da, comenzamos a realizarlas.

La contemplación nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo cuya Palabra es "lámpara que brilla en lugar oscuro hasta que el día amanezca y la estrella de la mañana salga para alumbrarles el corazón" (2 Pe 1,19).

Aquí se hacen verdaderas las palabras de Jesús: "¡Dichosos quienes escuchan lo que Dios dice, y lo obedecen!" (Lc 11,28). Por eso dos preguntas guían de esta última etapa: *¿Qué me muestra el Señor de Él mismo (de su Voluntad, sus misterios, de su Iglesia)?, en consecuencia, ¿Qué debo hacer?*

El resultado progresivo de la Lectio Divina, practicada asiduamente, es una especie de encarnación del "Verbo" en nosotros: como que nos vamos transfigurando; entendemos el mundo y la historia de una nueva manera; nos unimos más estrechamente a la Iglesia; vivimos más intensamente los sacramentos, especialmente la Confesión y la Eucaristía; testimoniamos y anunciamos a Jesús con nuestra mirada, nuestras palabras, nuestros comportamientos, nuestras opciones, nuestro servicio. "Ustedes son la Luz del Mundo... alumbré así vuestra luz delante de los hombres, para que, viendo sus buenas obras, glorifiquen al Padre que está en el cielo (cf. Mt,14-16). De esta manera vamos construyendo sólidamente nuestra Vida, como nos lo enseña la parábola de la casa sobre la roca (Mt 7,24-26).

Un fruto concreto de la contemplación es la paz dada por el mismo Señor y sólo la experimenta el que ha vivido "cuan bueno es el Señor" porque siente que su dicha debe ser disfrutada por muchos más, "Dichoso es el que se acoge a Él" (Sal 34,9).

En comunión con el Señor, contemplándolo, nos abrimos a su luz: “porque en ti está la fuente de la vida y en tu luz podemos ver la luz” (Sal 36,10). “¿A quién vamos a ir?, sólo el Señor tiene Palabras de Vida eterna” (Jn 6, 69). María se pone como modelo, como ejemplo “yo soy la esclava del Señor, que se haga en mi según su Palabra” (Lc 1,38).

Contemplación a nivel personal

Para motivar y abandonarnos en la contemplación ten presente:

- Repasar y resumir lo que ha dado esta experiencia de encuentro con la voz fuerte y transformadora del Señor. Manifiéstalo en una frase que nos abandone en ese encuentro con el Amado.
- El silencio contemplativo que nos invada del amor de Dios. Como lo presenta San Ignacio en sus ejercicios finales, es una contemplación para alcanzar Amor.
- Para animar la acción, valora el cómo Él te empuja a actuar en su nombre.
- Déjate llenar de convicciones para continuar el camino de fe y crecimiento en el amor a Dios, a su obra, su creación y su salvación.
- Discernir y entender las mociones (impulsos) del Espíritu obrando en tu vida. Compártelo y busca el apoyo de un acompañante espiritual. Queremos ser más Dios para los demás y necesitamos de ayuda de otros.



Atención: Al sugerir el acompañamiento espiritual sugerimos que la acción del Espíritu Santo en nosotros se encaje dentro de un proceso personal de crecimiento de libertad, de entrega y servicio bien conducidos, caminar con otro hará posible la fidelidad a la fuerza transformadora de la Palabra en nosotros.

Contemplación a nivel comunitario

Siempre responderemos a los llamados de Dios cuando atendemos a su Palabra. Más aún cuando lo hacemos en comunidad. No terminemos el ejercicio de Lectura orante con un elenco de tareas por hacer sino, con un conjunto de convicciones por vivir. “Revisar la vida” en comunidad fortalecerá nuestra fidelidad al Señor no sólo en lo personal sino en lo comunitario. Lo que queda en los ojos y en el corazón cuando hemos terminado la Lectura orante comunitaria nos reincorpora a la jornada. El animador deberá estar atento a que las convicciones motiven más amor a Dios y a su obra porque las queremos realizar con alegría de hacer su Santa Voluntad. Lo que vamos descubriendo a nivel comunitario debe responder al proyecto de vida común y al actuar de Dios en nosotros. Y todo para que cada vez que retomemos la Lectura orante de la Palabra sea mejor y no lleve a contemplar a Dios cara a cara.





Camino Discipular Misionero
Para sembrar la esperanza